

LA GLOBALIZACIÓN Y EL 11 DE SEPTIEMBRE

El término «globalización» hace referencia a la expansión de las relaciones sociales por todo el planeta. No cabe duda de que esto está sucediendo. Lo más difícil es determinar: ¿a qué velocidad? ¿Con qué alcance? ¿Con qué grado de uniformidad? ¿Están ciertas regiones y grupos de personas siendo excluidos? ¿Se acentuará esto último en el futuro? Muchos dan a entender que la globalización es un proceso singular, encaminado a generar una única sociedad global. Teniendo en cuenta la preponderancia del materialismo en el pensamiento moderno occidental, sus análisis tienden a centrarse en las cuestiones económicas: el capitalismo transnacional se está abriendo paso atravesando las fronteras de los Estados con el fin de crear una red unitaria de interacciones en la totalidad del planeta. Otros pondrían el énfasis en las versiones tecnológicas y culturales de este proceso: nos hallamos ante una revolución en las tecnologías de las comunicaciones, o ante los nuevos mercados de masas del capitalismo de consumo. Existen también concepciones menos economicistas que hablan de la emergencia de una única cultura global, o de un único orden mundial entendido más frecuentemente como la convergencia de los distintos Estados existentes en vez de la emergencia de un único Estado mundial. Estas visiones son fundamentalmente pacíficas: el mundo se integrará en una unidad más o menos armoniosa¹.

Estas visiones son falsas. Aunque la globalización se está produciendo, no es un hecho singular sino múltiple, que desintegra al tiempo que integra. La globalización difunde a escala global la desigualdad y las contradicciones que existe en «Occidente» y en el «norte», para incorporar seguidamente las del «sur» y las de las relaciones norte-sur. Dichas globalizaciones plurales acarrearán una buena dosis de conflicto, a menudo susceptible de resolverse mediante negociaciones y acuerdos, si bien, en otros momentos, proclive a encender la mecha de una confrontación armada.

¹ Este artículo ha sido elaborado a partir de una conferencia pronunciada en la Universidad Estatal Rusa de Humanidades, el 24 de septiembre de 2001. Ha sido revisado el 9 de noviembre.

Voy a intentar delinear estos resultados diversos, centrándome en especial en los vínculos entre las globalizaciones y la terrible secuencia de acontecimientos que se inició el 11 de septiembre. No soy el primero en proponer esta línea argumental. Algunos insisten en que el «sistema mundo» capitalista genera sus propias contradicciones y conflictos a medida que, una tras otra, las sucesivas potencias hegemónicas comienzan a vacilar². Se trata de un argumento dotado de una gran fuerza que aspira a analizar tanto la economía como la política; sin embargo, sigue siendo una visión excesivamente estrecha y sistémica.

Algunos historiadores expertos en relaciones internacionales han señalado que la globalización tiene un carácter bifronte, que provoca simultáneamente orden y fragmentación. En este sentido, la Guerra Fría es considerada como un hecho que dividió el mundo, dotándolo al mismo tiempo de un orden esencial, también en el interior de las dos vertientes de su falla principal; proceso en el que se incluye la incorporación parcial del «Tercer Mundo» en el «Primero»³. Existen también muchos análisis acerca del «nuevo desorden mundial». Sin embargo, situaré dichas perspectivas en el marco de una teoría más amplia de la sociedad. En los dos volúmenes de *The Sources of Social Power*, he argumentado que con el fin de alcanzar sus objetivos los seres humanos han acondicionado cuatro tipos fundamentales de organizaciones de poder: las ideológicas (o culturales, si se prefiere), las económicas, las militares, y las políticas⁴. De acuerdo con este modelo, la globalización consiste en la expansión de estas cuatro redes de interacción, cada una de las cuales puede tener fronteras, ritmos y resultados diferentes, extendiendo distintas formas de integración y desintegración a lo largo del planeta. El debate acerca de la globalización no debería descuidar ninguna de ellas. Los recientes acontecimientos tendrían que situar este enfoque en primer plano puesto que representa una mezcla de procesos ideológicos, económicos, militares y políticos.

La naturaleza múltiple de la globalización ya se había demostrado evidente en sus primeras fases. Éstas se prolongaron durante muchos siglos, alcanzando mayores velocidades a finales del siglo XVI, momento en que los exploradores europeos se convirtieron en los primeros humanos que concibieron la idea de conquistar y asentarse por todo el planeta; tarea a la que a partir de entonces se dedicaron en gran medida. No obstante, su expansión fue múltiple. Incluyó la expansión global del capitalismo europeo, del imperialismo, y de determinadas las ideologías –cristianismo,

² Véase Giovanni ARRIGHI y Beverly SILVER, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, 1999 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Ediciones Akal, 2001].

³ Véase Ian CLARK, *Globalization and Fragmentation*, Oxford, 1997.

⁴ M. MANN, *The Sources of Social Power*, Cambridge, 1986 y 1993 [ed. cast.: *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza Editorial, 1991 y 1997].

individualismo y racismo— a las que, más tarde, se uniría el liberalismo, el socialismo y la democracia. Este haz de ideologías europeas resultaba internamente contradictorio; también despertó bastante resistencia. Daré dos ejemplos: en primer lugar, el racismo europeo socavó la habilidad del imperialismo de integrar a los pueblos conquistados con el fin de que se sometieran a los imperios. Dos milenios antes, los norteafricanos se *convirtieron* en romanos, contribuyendo de este modo a la longevidad del Imperio. Sin embargo, en los siglos XVIII y XIX, los africanos no se convirtieron en británicos. Excluidos como inferiores raciales expulsaron a sus superiores británicos tan pronto como surgió la ocasión. El Imperio Ruso, de modo similar, no logró integrar a los pueblos del Cáucaso; jamás logró sojuzgar a los chechenos; los circasianos, entre tanto, fueron completamente barridos.

En segundo lugar, la expansión del militarismo globalizado entre los Estados europeos rivales trajo consigo guerras que inicialmente interrumpieron la globalización, pero que, más tarde, la dotarían de un nuevo rumbo, fortaleciéndola incluso; las guerras napoleónicas fortalecieron el poder global de Gran Bretaña y el de Rusia en Asia; la Segunda Guerra Mundial, seguida de la Guerra Fría, dio lugar a la primera potencia hegemónica global: Estados Unidos. En el pasado, por consiguiente, la globalización fue múltiple y contradictoria, con las cuatro fuentes de poder social entrelazadas con el fin de determinar su trayectoria. Esto sigue ocurriendo hoy día. Aún existen los Estados, el imperialismo y el militarismo, y aunque el racismo haya podido disminuir, ha emergido una oleada de nacionalismo étnico y religioso. Para situar estos fenómenos en un contexto más amplio, examinaré por orden las cuatro fuentes de poder.

I. EL PODER ECONÓMICO

El desarrollo transnacional del capitalismo ha retornado en la actualidad a los altos niveles anteriores a la Primera Guerra Mundial, excediéndolos en gran medida en lo que se refiere a las comunicaciones y a las inversiones extranjeras directas. El capitalismo es formalmente transnacional: orientado hacia el beneficio en los mercados, donde quiera que estos se encuentren, e independientemente de las fronteras nacionales, regionales, religiosas o de otro tipo. *Podría* parecer global sin fisuras; sin embargo, aún contiene tres importantes líneas divisorias, que atraviesan, asimismo, una faceta peculiar de la reciente fase globalizadora. Esto es así en la medida en que en conjunto no hemos asistido a un período de crecimiento económico general, sino de estancamiento relativo en medio de la persistencia de una enorme desigualdad entre regiones.

Un imperialismo exclusivo

La línea de ruptura más importante viene determinada por las relaciones contradictorias de lo que denominaré «imperialismo ostracista». Este tér-

mino indica que una parte del mundo evita y domina simultáneamente la economía de la otra parte, modulando la mezcla exacta de estas relaciones según la región y el momento. Por otro lado, la mayoría de los países pobres del mundo no están siendo integrados al capitalismo transnacional de modo significativo, sino que el capitalismo está «condenándolos al ostracismo» al considerarlos demasiado arriesgados para la inversión y el comercio. Convencionalmente, esta fractura económica se considera que se establece entre el «norte» y el «sur», aunque esta división resulta excesivamente tosca y no responde a un criterio geográfico en sentido estricto. Buena parte de Rusia, China y las ex repúblicas soviéticas de Asia central son clasificadas como «sur», mientras que Australia y Nueva Zelanda son parte del «norte».

El comercio y la inversión internacionales se están concentrando de forma progresiva en el norte. Entre 1850 y 1950, el comercio norte-sur representaba el 30 por 100 del total global, y la inversión norte-sur el 50 por 100. A partir de esta fecha, ambas proporciones comenzaron a decrecer, situándose a principios de la década de 1980 por debajo del 20 por 100. No obstante, en estas cifras, Japón y los «pequeños tigres» de Asia oriental –las historias económicas exitosas tras la Segunda Guerra Mundial– figuran como parte del sur. Situarlos en el norte elevaría la proporción de inversión y comercio global en esta región a un asombroso 90 por 100. Verdaderamente, de continuar las tendencias actuales, la tasa correspondiente a África, Oriente Próximo, América Latina, Europa central y oriental y los países de la antigua Unión Soviética, considerados conjuntamente, apenas llegaría al 5 por 100 del comercio mundial en el año 2020; estamos hablando de regiones en las que se ubica más del 40 por 100 de la población mundial⁵. Así pues, la «globalización» económica es mayoritariamente una «norteización», que integra a los países avanzados y excluye a gran parte de los países pobres del mundo, ampliando, por lo tanto, las desigualdades en crecimiento y riqueza entre el norte y el sur⁶.

Sin embargo, dicho ostracismo es únicamente parcial. El norte mantiene relaciones comerciales y de inversión con el sur, al que sigue dominando económicamente. Esto ha incluido de forma creciente dos mecanismos de intercambio desigual. En primer lugar, se da una tendencia secular a la baja en el precio de las materias primas en comparación con los productos acabados: por desgracia, el sur depende de las materias primas, hecho que implica además tecnologías escasamente desarrolladas; la brecha en términos de riqueza y tecnología crece. En segundo lugar, hay que mencionar las fluctuaciones en los tipos de interés, que inicialmente se gene-

⁵ Ricardo PETRELLA, «Globalization and Internationalization: the Dynamics of the Emerging World Order», en Robert Boyer y Daniel Drache, *States Against Markets: The Limits of Globalization*, Nueva York, 1996, p. 80.

⁶ Tal y como ha argumentado Ankie HOOGEVELT, en *Globalization and the Postcolonial World*, Basingstoke, 1997.

raron en el interior de las economías del norte (y en aquellas con petróleo). En la década de 1970, los bajos tipos de interés estimularon un fuerte endeudamiento de los países del sur que trataban de financiar el desarrollo económico; los tipos de interés se dispararon, generando una enorme crisis de endeudamiento en el sur en la década de 1980. Ésta, a su vez, desencadenó intervenciones por parte del norte destinadas a controlar la crisis de endeudamiento de las economías deprimidas del sur, así como la insolvencia que amenazaba a los bancos del norte. Los programas de ajuste estructural del FMI, el Banco Mundial y los consorcios bancarios, en su forma neoliberal actual, introdujeron recortes en el gasto público, el bienestar y la regulación del mercado de trabajo en el sur. Así, mientras su efecto económico neto ha sido positivo en algunos casos, casi siempre ha traído consigo un aumento de las desigualdades. Por lo tanto, de manera plausible, dichas intervenciones a menudo son percibidas en el sur como prácticas del imperialismo económico.

Desde luego, el mundo no está nítidamente dividido en dos, a pesar de que la apariencia de dicha dualidad se vea reforzada por la existencia de muchos menos países con «clase media», en los que el PIB per cápita gire en torno a la media global, que países exclusivamente ricos y pobres. Sin embargo, dentro del norte y del sur existen bastantes diferencias internas, y algunos países están a caballo de esta línea divisoria. Asia oriental y Europa meridional se incorporaron al norte recientemente, tras 1945, y las cosas tendrían un aspecto muy distinto si algunos de los países más grandes y pobres pudieran seguir los mismos pasos. El 40 por 100 de la población mundial vive en China e India, dos países que se están desarrollando con bastante rapidez. Sus economías liberalizadoras se erigen sobre culturas históricas cohesionadas y Estados sólidos –uno, dirigido por un partido comunista; el otro, por un partido nacionalista hindú–, de modo que no estamos simplemente ante historias de éxito neoliberal. No obstante, China absorbe por sí sola bastante más de la mitad de la inversión que el norte realiza en el sur, y podría «incorporarse al norte» en un futuro no muy lejano, incluso a pesar de su enorme población. Otro extenso país, Rusia, aparece bifurcado por una fractura, con el eje Moscú-San Petersburgo más cercano al norte, y la mayor parte del país del lado del sur. El mundo nunca ha asistido a un proceso de desarrollo global tan uniformemente difuso. Algunas áreas se han proyectado hacia adelante, mientras otras avanzan a paso de tortuga, se estancan o incluso retroceden. Existe una tendencia a que el desarrollo se extienda a los países vecinos, así como a aquellos con recursos naturales y sociales específicos. El norte se arrastra hacia el exterior, sin embargo, la divisoria permanece.

La persistencia de los Estados-nación

Los Estados-nación siguen constituyendo inflexibles redes de interacción económica en la medida en que proporcionan la mayor parte de la regulación política que el capitalismo precisa. Cerca del 80 por 100 de la pro-

ducción mundial está siendo comercializada actualmente en el interior de las fronteras nacionales. Tan sólo en Europa occidental se ha producido un declive serio en esta cifra debido al mercado común regulado que constituye la UE. El capital financiero se ha hecho considerablemente más transnacional; el empleo se sigue manteniendo dentro de los confines estatales, y a pesar de que la migración laboral internacional ha ido en aumento, aún no ha alcanzado los niveles anteriores a la Primera Guerra Mundial. A pesar de todo, la vigorosa planificación económica nacional ha disminuido, tanto en el norte como en el sur. El declive del socialismo parece terminal, y la tendencia dominante sigue inclinándose hacia un menor proteccionismo y una economía mundial más abierta. En el norte, en la medida en que los Estados-nación puedan seguir desempeñando un papel importante, sus conflictos económicos serán pacíficamente regulados por medio de instituciones internacionales. En este punto se da una tendencia hacia una mayor integración económica, aunque se trate de una fórmula mixta transnacional e internacional.

En el sur las cosas son más complejas. Si tenemos en cuenta que el poder económico de la mayoría de los países del sur está en declive con respecto al norte, su capacidad de resistencia a la globalización concebida en los términos marcados por este último está disminuyendo. Además, en estos momentos muchos regímenes del sur están formados por «realistas» y economistas de la Escuela de Chicago que defienden que su gobierno debe hacer todo lo posible para atraer capital y comercio extranjero y abandonar cualquier forma de proteccionismo previamente existente. Pocas elites en el sur se resisten a sus señores imperiales. Esto desplaza el grave conflicto económico lejos de la divisoria norte-sur para situarlo en el interior de cada Estado-nación del sur en la medida en que las elites realistas se ven amenazadas por la plebe descontenta, o por una red corrupta y privilegiada de relaciones patrón-cliente, cuyo control del Estado se ve amenazado por la vertiente más positiva de las medidas neoliberales. Dichos conflictos internos a tres bandas están en estos momentos debilitando la cohesión de muchas sociedades y Estados del sur, reduciendo aún más su capacidad de resistir. En caso de fracasar el desarrollo económico, las elites colaboracionistas se exponen peligrosamente a los ataques que las identifican como herramientas de los imperialistas extranjeros.

Las diferencias macrorregionales en la política económica, principalmente generadas por las antiguas diferencias de poder ideológico, también se mantienen. Esping-Andersen y otros autores han identificado de forma útil tres tipos de regímenes «occidentales»: liberal o anglosajón; corporativo católico conservador o «renano»; y socialdemócrata, mayoritario en los Estados nórdicos⁷. Los liberales son actualmente los más poderosos de

⁷ Gosta ESPING-ANDERSEN, *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Princeton, 1990; Evelyne HUBER y John STEPHENS, *Development and Crisis of the Welfare State*, Chicago, 2001.

los tres, con Estados Unidos liderando el camino a la hora de imponer el «consenso de Washington» (es decir, el neoliberalismo) a sus Estados clientes, habitualmente mediante las instituciones internacionales —el FMI, el Banco Mundial, etc.— que se hallaban bajo su control. Sin embargo, la economía estadounidense, a diferencia del poder militar estadounidense, no es hegemónica con respecto a sus rivales; se trata únicamente de la primera de un trío de iguales. Los países de la Europa occidental continental mantienen sus versiones corporativas o socialdemócratas del capitalismo, con un mayor número de Estados del bienestar (a pesar de que éstos no se hallen en expansión). Las desigualdades han aumentado mucho más en los Estados liberales que en los corporativos o socialdemócratas⁸. Japón y los «pequeños tigres» del Asia oriental cuentan con sus propias versiones del capitalismo corporativo de carácter estatal. Y si China, India o Rusia acabaran por «unirse al norte», esto no haría sino aumentar las diferencias regionales, ya que estos países también cuentan con economías políticas muy diversas. Las diferencias entre Estados Unidos, Europa y Japón sobre numerosas cuestiones globales han aumentado recientemente. Podrían desencadenar mayores fisuras en el norte en el futuro, especialmente en el caso de que la hegemonía estadounidense disminuyera. No obstante, una vez más, parece probable que éstas se resuelvan mediante negociaciones internacionales pacíficas. Podrían provocar crisis económicas; sin embargo, no parece probable que se agraven convirtiéndose en conflictos militares.

Así pues, el capitalismo se está globalizando; si bien con el semblante del norte. El giro total seguirá estando mediado por las diferencias nacionales y macrorregionales; sin embargo, sus conflictos se resuelven generalmente de modo pacífico a través de las instituciones internacionales. Más desestabilizadores, tal y como veremos, son los conflictos en el sur, causados por los efectos del «imperialismo ostracista». Sin embargo, por sí solos resultan insuficientes como para causar un conflicto violento en el ámbito global, dado que en su mayoría son desviados hacia luchas intraestatales.

II. EL PODER MILITAR

Los cambios recientes más dramáticos se han producido con relación al poder militar. Por primera vez en la historia de la humanidad, la guerra —al menos la que ha enfrentado a las mayores potencias— se ha vuelto, en tanto que medio para alcanzar fines humanos, absolutamente irracional. Éste no es todavía el caso, si pensamos en la guerra que puede enfrentar a otras potencias menores, que todavía podrían librarla sin destruirse mutuamente o destruir la totalidad del planeta. Sin embargo, con el tiempo esto podría suceder en la medida en que éstas adquirieran armas nucleares, químicas o biológicas con un inmenso poder destructivo. Si tenemos

⁸ Véanse los datos ofrecidos en Michael MANN y Dylan RILEY, «Global Inequality» (en prensa).

en cuenta que los seres humanos a menudo actúan de un modo irracional, puede que la guerra no sea totalmente obsoleta, ni siquiera en el norte. Entre tanto, sin embargo, los efectos han sido profundos. La hegemonía militar estadounidense ha dejado al viejo Occidente totalmente pacificado. La guerra entre los Estados europeos occidentales, entre éstos y Estados Unidos, y entre Japón y cualquiera de ellos, resulta casi impensable. El colapso de la Unión Soviética acentuó la hegemonía militar estadounidense. En la actualidad, Estados Unidos gasta tanto en defensa como la combinación de las doce potencias que le siguen, dejando corto al imperialismo británico del siglo XIX, bajo el cual la fuerza de la Flota Real (no el ejército) siguió siendo algo mayor que la de la combinación de las dos flotas más grandes siguientes. El resto del norte acepta el dominio militar estadounidense como necesario para su propia defensa, siendo la mayoría de los Estados del norte aliados de Estados Unidos. El consenso imperante en el norte dota a esta hegemonía militar de un grado y una forma que carece de precedentes históricos. No deberíamos asumir que el consenso vaya a extenderse por el sur. Si el «imperialismo ostraquista» parece haberse impuesto gracias a la ayuda del poder militar estadounidense, en caso de vacilar dicho poder cabe esperar expresiones de resistencia. No obstante, en el norte la consecuencia ha sido la pacificación. Junto a la revolución tecnológica en las comunicaciones, ésta ha sido la causa principal de la oleada globalizadora con el semblante del norte que se ha producido desde la década de 1970 hasta el momento. El norte está siendo integrado bajo un único sistema militar, mientras los distintos Estados que lo componen, holgadamente reunidos, hacen una piña bajo el paraguas estadounidense. Sin embargo, en el exterior desde el punto de vista militar se mantienen dos líneas de ruptura.

Las potencias regionales

Existen importantes potencias regionales a las que Estados Unidos no tiene el atrevimiento ni la capacidad de coaccionar. Aunque éstas aspiran a obtener beneficios económicos provenientes de acuerdos con Estados Unidos y sus instituciones internacionales clientes, no aceptan el liderazgo de este país. China y Rusia continúan siendo el ejemplo más obvio, a pesar de que Estados Unidos tiene poca influencia también sobre India y Pakistán, que ahora cuentan además con armas nucleares. Todos estos casos son muy diferentes entre sí. No existen graves diferencias con Rusia, y Estados Unidos no tiene ninguna disputa de importancia con India o Pakistán, a pesar de que el antagonismo mutuo entre estos países representa potencialmente una amenaza mayor que un mero conflicto entre vecinos. Todos estos Estados tienen también intereses comunes a la hora de redefinir a algunos de sus enemigos como «fundamentalistas islámicos», legitimando supuestamente de este modo su represión. (En Chechenia, en la actualidad esto está transformando un movimiento separatista fundamentalmente laico en uno crecientemente islámico.) Estados Unidos tiene un conflicto importante con China acerca de Taiwán. Aquí, Estados

Unidos espera desesperadamente que China no intente lograr la reunificación de un modo agresivo; los gobiernos estadounidenses han adquirido cierto tipo de compromiso sobre una defensa militar de Taiwán, para la que no tienen estómago. A pesar de todo, estamos ante potencias suficientemente racionales, interesadas en regular las relaciones que mantienen entre sí. Cabe esperar que resolverán sus conflictos mediante negociaciones internacionales, posiblemente con tensiones de por medio, pero sin acudir a la guerra. Este tipo de línea de ruptura podría suponer un riesgo de grave desintegración, aunque posiblemente la probabilidad de que esto suceda sea bastante reducida. ¿Pero quién puede asegurarlo en último término? El «Gran Juego» popularizado por Kipling era una simple lucha bipolar en la que Gran Bretaña y Rusia jugaban al ajedrez de la geopolítica utilizando a Asia central como tablero. En la lucha actual sobre Afganistán está implicada una superpotencia global, Estados Unidos, además de varias potencias regionales (Rusia, China, Irán, Pakistán, India), cada una con una autonomía de acción considerable y en posesión o cerca de poseer armas nucleares. Sospecho que la de Kipling era una versión del juego bastante más sujeta a reglas.

Los puntos débiles de Estados Unidos

El dominio militar del norte sobre el sur se ha ido debilitando a lo largo de las últimas décadas de dos maneras. En primer lugar, la pacificación interna del norte ha socavado su propio militarismo, su predisposición para el combate, su capacidad para aceptar bajas entre sus propios soldados-ciudadanos. En El Líbano y en Somalia, las fuerzas estadounidenses se retiraron precipitadamente cuando doscientos y veinte de sus soldados, respectivamente, fueron asesinados por sorpresa. Osama bin Laden advirtió este hecho al declarar en una entrevista realizada por la CNN en 1997 que en ambos casos los vencedores era «gente desarmada y pobre cuya única arma era la fe en Alá, el todopoderoso». En años recientes, Estados Unidos se ha sentido satisfecho de poder bombardear desde una altura segura; no obstante, ha evitado el combate en tierra, a excepción, tal y como sucedió en la Guerra del Golfo, de que éste se produzca en un desierto abierto y con petróleo de por medio. Las tropas de combate estadounidense están a punto de entrar en acción nuevamente en Afganistán; no obstante, sigue siendo dudoso que la opinión pública estadounidense esté preparada para aceptar fuertes bajas en sus filas.

Una segunda debilidad ha sido ocultada durante largo tiempo gracias a la obsesión por la revolución armamentista de alta tecnología del siglo xx, simbolizada por la fisión nuclear y los misiles dirigidos por láser. Éstos realmente proporcionan a las potencias del norte, y en especial a Estados Unidos, una superioridad extraordinaria en lo que se refiere a las formas tradicionales de la guerra entre Estados. No obstante, al mismo tiempo, se ha producido una revolución más subversiva en lo que respecta a las «armas de los débiles», que ha convertido a un inventor ruso, Mikhail

Kalashnikov, en un nombre familiar. Al AK-47 –un sencillo rifle automático ligero de producción masiva– le han seguido proyectiles de hombro y misiles tierra-aire y antitanque que ahora están siendo utilizados, irónicamente, para socavar el poderío militar ruso. Un único combatiente checheno meciendo una lanzadera de misiles antitanque de 200 dólares puede asomarse desde un sótano por detrás de un tanque de 1 millón de dólares y destruirlo, dando por sentado que los soldados de infantería que supuestamente lo custodian no deseen exponerse a perder la vida. No obstante, por lo visto Rusia también ha experimentado cierta desmilitarización. Con razón, los hombres de infantería rusos permanecen un tanto rezagados cuando avanzan sus tanques. Desde luego, la guerrilla también tiene acceso a una industria global específica: el tráfico de armas, a través del cual la globalización fragmenta y mata al tiempo que une.

El 11 de septiembre proporciona un ejemplo más espectacular todavía del uso de las armas por parte del débil. Aproximadamente una docena de terroristas armados con cuchillos y pasajeros civiles mataron a algo más de 3.000 personas y derribaron las torres gemelas del World Trade Center –justo al lado de Wall Street– y uno de los cinco lados del Pentágono, dos símbolos clave del poder económico y militar estadounidense⁹. Esta atrocidad también da continuidad a otra tendencia común en la guerra del siglo xx: la creciente utilización de blancos civiles como enemigo. Probablemente los movimientos disidentes del sur y los campos de refugiados continuarán generando esta clase de militantes; mientras tanto, las armas necesarias para generar violencia –armas pequeñas, Semtex, teléfonos móviles, Internet, incluso el entrenamiento de pilotos– son ahora mínimas y se encuentran libremente disponibles en los mercados globales en todo el mundo. Aunque se metiera en cintura a supuestos «Estados bandidos» tales como Libia o Irak, esto representaría una diferencia mínima: ahora que los voluntarios suicidas se encuentran disponibles, apenas resultan necesarios.

Por lo tanto, la capacidad militar y política de las mayores potencias para aplastar al sur podría estar en declive. Los imperios del siglo xix poseían la potencia de fuego concentrada necesaria para derrotar prácticamente a todas las fuerzas nativas. Podían organizar expediciones punitivas, enviar naves equipadas con unidades de infantería, caballería y artillería relativamente pequeñas con las que cercar las capitales nativas; tras ello, se volvieron hacia el poder político con el fin de persuadir a los dirigentes

⁹ La lista de personas desaparecidas y muertas en el WTC publicada por las compañías implicadas –entre las que se incluyen a las pérdidas de Cantor Fitzgerald, del Departamento de Bomberos, a los pasajeros de los aviones y a unos 165 comensales y personal del Windows on the World– asciende a 2.405 personas. Según estimaciones del *New York Times*, *Associated Press* y *USA Today* se sitúan entre 2.600 y 2.950. En el Pentágono murieron 189 personas, incluidos los 64 pasajeros del avión. Cuarenta y cinco personas murieron en el accidente de avión de Pittsburgh: *New York Times*, 25 de octubre de 2001; *Washington Post*, 4 de noviembre de 2001.

nativos locales para que gobernaran en calidad de clientes suyos. Bombardear desde una altura segura no constituye un sustituto moderno adecuado, ya que no puede asegurar fácilmente un cambio de régimen. El aumento del nacionalismo étnico y religioso pone de manifiesto que, en la mayoría de los países del sur, no resulta tan fácil encontrar clientes locales (países con una sólida organización tribal, como Afganistán, continuarán siendo excepcionales). Es verdad que el poder económico a menudo sustituye de modo efectivo al poder político. Los programas de ajuste estructural constituyen una forma indirecta eficaz de imperialismo que actúa constriñendo las iniciativas de regímenes con motivaciones económicas propias en el sur. Sin embargo, sus poblaciones pueden ofrecer resistencia; y, en cualquier caso, no todas las elites del sur cuentan con motivaciones económicas propias.

Así, pues, emerge un mundo militarmente dual. Ha sido descrito como consistente en «zonas de paz y zonas de turbulencia»: el norte ampliamente pacificado coexiste con regiones de turbulencia armada en otros lugares¹⁰. Desde luego, dicha turbulencia sólo caracteriza a ciertas partes del sur y, tal y como veremos, adquiere dos formas distintas. Así pues, empleo el concepto en plural: *zonas* de turbulencia. Aunque éstas se encuentren normalmente en las regiones más pobres, la divisoria militar no es idéntica a la económica; tampoco lo es la divisoria política y la ideológica; las fuentes de poder social tienen, por sí mismas, ritmos específicos.

III. EL PODER POLÍTICO

A pesar de la creencia generalizada de que el Estado-nación está siendo socavado por la globalización, las tendencias actuales son bastante diversas¹¹. Los Estados-nación europeos están cediendo algunas de sus competencias a euroinstituciones cuasi federales, si bien este modelo no se está extendiendo de manera significativa en otros lugares. Los Estados débiles pueden ceder sus competencias políticas en beneficio de Estados fuertes presentes en la misma región; sin embargo, esto siempre ha sucedido. Estados Unidos puede inducir a los gobiernos de América Latina a reestructurar sus economías más fácilmente que a los de Asia oriental; pero esto también ha ocurrido en el pasado. Los planes económicos keynesianos puede que estén en declive; sin embargo las crisis medioambientales inminentes probablemente desencadenarán nuevas formas de intervención. El recalentamiento de la tierra, el aire contaminado, la escasez de agua, el agotamiento del combustible a escala global precisan de

¹⁰ MAX SINGER y AARON WILDAVSKY, *The Real World Order. Zones of Peace/Zones of Turmoil*, Chatham, NJ, 1993.

¹¹ Véase mi artículo «Has Globalization Ended the Rise and Rise of the Nation.State?», *Review of International Political Economy* 4 (1997), pp. 472-496.

negociaciones y acciones coordinadas entre los Estados; los únicos actores autorizados con capacidad reguladora sobre sus territorios y sobre el espacio aéreo. O bien los Estados negocian y planifican colectivamente, o nuestros bisnietos perecerán. Esto supone un papel creciente de una «geopolítica suave» entre los Estados. Esperemos que la diplomacia dedicada a impulsar el desarrollo económico y los acuerdos medioambientales controle las guerras sobre el agua.

Si dichas geopolíticas suaves son predominantemente pacíficas pueden incluso llegar a suscitar la difusión de una única cultura política global, menos fracturada por graves conflictos, tal y como han expuesto John Meyer y otros autores¹². Los gobiernos cuentan en todas partes con idénticos gabinetes de ministros; subvencionan los mismos sistemas de educación tripartita; desarrollan los mismos bancos centrales, las mismas agencias reguladoras, los mismos parques nacionales. Esto no es ni fascismo ni socialismo. Existen pocas monarquías con poder ejecutivo; no hay imperios confederados. Todos se definen como democracias y aspiran al crecimiento económico capitalista. Los Estados permanecen, pero el grado de convergencia entre ellos está alcanzado un elevado grado de integración a escala global. Esto significaría un único orden mundial internacional.

Los obstáculos de la democracia

Aún así, la democracia y el desarrollo siguen siendo esquivos. Hasta el momento, no se han difundido de modo regular por todo el mundo, limitándose a los países vecinos y especialmente favorecidos. Un obstáculo, en particular, comenzó a surgir y a extenderse durante el siglo xx: la dificultad de implementar un sistema democrático en entornos multiétnicos y multirreligiosos. En ellos, el «gobierno del pueblo» ha supuesto de forma creciente el dominio de un grupo ético o religioso sobre los otros grupos, seguido de diversas formas de resistencia, de guerra civil y de limpieza étnica. Esto constituye el pasado de muchos países del norte y el presente en muchos en el sur. Se trata fundamentalmente de un problema moderno, generado por la difusión global del imaginario del «gobierno del pueblo» en un ámbito donde «el pueblo» tiende a ser definido en términos étnicos y religiosos. La limpieza étnica representa, tal y como he explicado en otro lugar, el lado oscuro del proceso de democratización¹³. Así, pues, las guerras, en su mayoría étnicas o religiosas, han aumentado a un ritmo regular durante la segunda mitad del siglo xx (si bien algunos detectan una pequeña disminución a finales de la década de 1990). Las fallas políticas de la modernidad están siendo globalizadas.

¹² John MEYER, «The Changing Cultural Content of the Nation-State: A World Society Perspective», en George Steinmetz, ed., *State/Culture*, Ithaca, 1999.

¹³ M. MANN, «Explaining Modern Ethnic Cleansing: the Macro-level», en Montserrat Guibernay y John Hutchinson, eds., *Nationalism*, Cambridge, 2000.

De modo similar, si bien todos los Estados aspiran a desarrollarse económicamente, el «imperialismo ostracista» se encarga de asegurar que determinadas partes del sur permanezcan mucho más rezagadas con respecto al norte. Esto resulta especialmente sangrante si tenemos en cuenta que los medios de comunicación y el consumismo global despliegan una fantástica vida de plenitud económica ante de la mayor parte de la población mundial. El fracaso del desarrollo debilita la legitimidad de los gobiernos y agudiza el conflicto político, problemas ambos comunes en muchos países del sur, y entre ellos y los del norte. Estos dos procesos –el conflicto étnico/religioso y el fracaso económico– se combinan como un combustible que enciende las zonas de turbulencia a las que he aludido anteriormente. Producen extremistas desesperados, paramilitares adolescentes itinerantes, guerras civiles y anarquía. Crean turbulencia en el interior de los Estados, y conflicto entre distintos Estados. Estas zonas están repartidas de forma bastante irregular por el sur, y han surgido fundamentalmente a raíz de las condiciones locales. No obstante, existen tres formas de intervención por parte del norte que pueden exacerbarlas:

- I. El declive de los términos de intercambio comercial y la crisis derivada del endeudamiento, seguidas de reestructuraciones neoliberales, pueden dotar a los resentimientos económicos locales de una resonancia más amplia y global. En estos casos, sin embargo, la población local descontenta puede dudar sobre quién tiene la culpa: ¿sus propios dirigentes políticos o el norte?
- II. Los países del norte, especialmente Estados Unidos, apoyan a los regímenes del sur en beneficio propio, armándolos contra sus enemigos locales y contra los disidentes internos. Si estos regímenes ganan en impopularidad, el descontento puede volverse en contra del poder del norte, cuyas armas están siendo usadas para ejercer la represión.
- III. Los países del norte –una vez más, especialmente Estados Unidos– pueden tomar partido en conflictos étnicos/religiosos locales y ayudar a reprimir a un determinado grupo, en cuyo caso los descontentos adquieren un sentido aún más claro de quién es el enemigo, permitiéndoles las armas de los débiles lanzarse al ataque.

La política estadounidense en Oriente Próximo exagera los conflictos locales en estos tres campos. Estados Unidos proporciona ayuda militar masiva a Estados autoritarios como Egipto y Arabia Saudí. Aunque proporciona mucha menor ayuda económica, su mano se deja ver en cada una de las reestructuraciones a cargo del FMI y del Banco Mundial; además, aparece cuando se trata de sostener a Israel, considerado como responsable de la opresión de los palestinos. Todo esto ha contribuido a generar la respuesta extrema del 11 de septiembre.

Sin embargo, subrayo, se trata de un caso extremo. En ninguna otra zona de turbulencia se dan estas tres formas de intervención, y en algunas no

se da virtualmente ninguna. El África subsahariana está esencialmente condenada al ostracismo, no al imperialismo. Sus regímenes y facciones reciben escasa ayuda por parte de Estados Unidos. Sus relaciones de poder político están más fragmentadas que polarizadas. Sus luchas de resistencia se han vuelto sobre sí mismas a través de guerras civiles y guerras contra los países vecinos; no están dirigidas contra el imperialismo del norte. Los conflictos en la región africana de los Grandes Lagos, por ejemplo, pueden alcanzar niveles de desesperación, desencadenando un genocidio en Ruanda, asesinatos a gran escala en Burundi y el Congo, y una grave regresión económica en toda la región. Sin embargo, culpamos al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por *no* intervenir en Ruanda. Esta región apenas representa una amenaza para el resto del mundo. El norte sigue obteniendo cobre, diamantes y metales preciosos del Congo, a pesar de que ahora los señores de la guerra y los traficantes locales y regionales se estén haciendo con una porción más grande de los beneficios. La globalización política puede incluir un número determinado de estos «agujeros negros»; sin embargo, éstos no se tragan al resto del planeta. Los agujeros negros difieren de las luchas antiimperialistas; y estas diferencias son exacerbadas mediante la ideología.

IV. EL PODER IDEOLÓGICO

El poder ideológico es blandido por aquellos que pueden proporcionar sistemas de sentido y movilizar rituales que doten de un sentido plausible al mundo en que vivimos. Genera movimientos sociales poderosos y comunidades normativas. Si la globalización se encaminara hacia una sociedad mundial única y sin fracturas, generaría una comunidad cultural única que confluiría en lo que se refiere a las normas, los sistemas de sentido y las prácticas rituales. En realidad, se está produciendo cierto grado de convergencia hacia una única cultura global del norte en el ámbito del consumismo, el humanismo liberal y la lengua inglesa; aspectos, todos ellos, enfatizados por los defensores de una globalización sin fracturas.

La globalización más exitosa es la de los productos baratos de consumo cultural: moda, bebidas, comida rápida, música popular, televisión y películas. Los productos más baratos se encuentran a disposición prácticamente de toda la población mundial, entre la que se cuentan los adolescentes con pocos recursos, hecho que ha generado una cultura juvenil global. Si bien ésta se halla adaptada a las condiciones locales, está subvirtiendo muchas normas y rituales locales que gobiernan esferas sociales tan importantes como las prácticas matrimoniales, las relaciones entre padres e hijos, y la sumisión de las mujeres. Éste es, probablemente, el efecto integrador más importante de la globalización, ya que incorpora el consumo a escala global mediante productos muy baratos en la vida íntima de las personas. Sin embargo, tiende a producir una mayor homogeneización en la microesfera de la vida cotidiana y en los estilos que en macroáreas tales como la política. Los paramilitares serbios en las guerras

de Yugoslavia, vestidos con chaquetas de cuero deportivas y gafas de sol, declararon que se moldeaban a sí mismos siguiendo el modelo de Rambo o de Mad Max. Tras afirmar esto se entregaban a carnicerías contra grupos similares de croatas y albaneses. La cultura capitalista de consumo no produce únicamente paz o guerra; además, puede obtener beneficios de ambas.

La segunda expansión cultural es la del humanismo liberal, que opera mediante movimientos políticos liberales y socialdemócratas, Naciones Unidas, incontables ONG, y mediante el concepto de «derechos humanos básicos». A menudo este planteamiento tiene un tono decididamente laico y bastante estadounidense, de modo que, de algún manera, se ha convertido en blanco de algunas críticas. Muchos regímenes del sur, especialmente los asiáticos, argumentan que la subsistencia económica y la seguridad social deberían ser prioritarias con respecto a las concepciones liberales de los derechos. La «arrogancia» del feminismo occidental a la hora de proponer visiones acerca de la liberación de las mujeres individualistas y centradas en el mercado de trabajo también es denunciada en muchos lugares. Sin embargo, este humanismo liberal cuenta con un mayor predicamento con respecto al capitalismo reestructurador del norte o el poder militar estadounidense; y cabe esperar que su atracción crezca en la medida en que pueda ofrecer una crítica frente la explotación, la represión y la corrupción impuestas tanto por los regímenes del norte como por los del sur. No obstante, en el presente, se ve socavado por el imperialismo del norte y por los resurgimientos religiosos del sur. La política estadounidense de bombardear a los hambrientos afganos en nombre de la democracia difícilmente aumentará la confianza en la democracia del norte.

La tercera difusión cultural, la de la lengua inglesa, es incluso más débil. El inglés se está extendiendo como medio de comunicación pública entre los sectores más modernos; no obstante, aunque muchos emplean la lengua para hacer negocios, no lo hacen para contar chistes o hacer el amor. Tampoco sus movimientos sociales se movilizan, ya sea pacífica o violentamente, empleando el inglés.

Frente a estas corrientes ideológicas globalizadoras, debemos establecer también otras de carácter más diferenciador. Éstas se refieren de forma creciente a la etnicidad y la religión. Los movimientos de resistencia etnonacionalistas y religiosos están emergiendo por todas partes en el sur. El etnonacionalismo desestabiliza a los países, convirtiéndolos en menos atractivos de cara a los inversores y empresarios del norte, y reforzando el imperialismo ostracista. He explicado antes que el etnonacionalismo se ha intensificado gracias a la difusión global de las aspiraciones democráticas: se trata de una parte de la modernización global, no de una reacción periférica en su contra. Aún así, mayoritariamente desencadena fragmentación ideológica, en la medida en que cientos de movimientos etnonacionalistas demandan su propia singularidad y sus propios derechos frente a alguna

forma de «imperialismo» estrictamente local. Existen seis movimientos de este tipo únicamente en Indonesia. Esta historia se repite en la mayoría de las regiones turbulentas, sin que esto represente una amenaza para el norte.

Ideologías más amplias pueden ofrecer una resistencia global mayor. Éste fue el papel que tradicionalmente jugó el socialismo en el sur, que de manera plausible interpretaba la opresión colonial y poscolonial en términos de imperialismo capitalista. Sin embargo, las influencias socialistas han ido menguando. Movimientos tales como las FARC colombianas, Sendero Luminoso en Perú, los zapatistas mexicanos y los naxalites en India siguen siendo bastante fuertes, a pesar de encontrarse muy atomizados. El «socialismo del Tercer Mundo» se ha convertido más en una ideología de agujeros negros que en una que aspire al cambio global. Probablemente el declive ha sido mayor en Oriente Próximo.

Religión y resistencia

A lo largo del período de posguerra, el resurgimiento religioso llegó a reemplazar a numerosos movimientos socialistas que se autoproclamaron resistentes frente al imperialismo. Durante los últimos años nos hemos llegado a obsesionar con el islam; sin embargo, en Asia meridional los «fundamentalismos» hindú, sij y budista –y, en Israel, judío– han surgido por doquier como formas de resistencia en contra de los regímenes laicos locales identificados con la dominación de Occidente o con el norte. Este resurgimiento se inició durante los últimos días del colonialismo, y se dirigió fundamentalmente en contra del imperialismo británico, francés y holandés. Una vez que estas potencias se retiraron, las elites políticas locales, que habían abandonado la naturaleza esencialmente religiosa de la comunidad y adoptado las versiones «occidentales» del socialismo, el liberalismo y el nacionalismo, pasaron a ser el enemigo principal. Este enfrentamiento local sigue siendo central en Sri Lanka e India. En otros lugares, no obstante, la imposición de la hegemonía militar estadounidense, que detenta el liderazgo del imperialismo ostracista del norte, introdujo a Estados Unidos como tercer elemento en la percepción «fundamentalista» de la lucha: el pueblo religioso luchando en contra de las elites laicas locales al servicio del imperialismo estadounidense.

El impulso principal de estos movimientos se ha producido, por consiguiente, en el seno del islam. Samuel Huntington ha señalado adecuadamente la «falla» religiosa que se está abriendo entre el islam y otras religiones como una enorme franja que atreviesa dos continentes –África y Asia–, aunque apenas propone explicaciones de este hecho¹⁴. Los dos

¹⁴ S. HUNTINGTON, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World orders*, Nueva York, 1996.

motivos principales de la preeminencia del islam entre estos movimientos no son de carácter doctrinal, sino social e histórico. En primer lugar, los movimientos musulmanes han sido capaces de nutrir la lucha de resistencia en contra del imperialismo extranjero durante un largo período de tiempo. El Imperio Otomano compartía con China y con Japón la distinción de no haber sido jamás conquistado por Occidente; mientras, las fuerzas musulmanas del Cáucaso han sido en todo momento las más rebeldes y eficaces frente al imperialismo ruso (y soviético). Incluso en el período de entreguerras, tras el colapso del Imperio Otomano, partes sustanciales del mundo islámico retuvieron cierta independencia con respecto a las potencias occidentales.

En las últimas décadas, sin embargo, el poder musulmán y, especialmente, el árabe ha disminuido, convirtiéndose algunos Estados en clientes de Estados Unidos; entre ellos, pocos han logrado algún beneficio para sus ciudadanos. En unas declaraciones grabadas en vídeo el 9 de octubre, Osama bin Laden declaró que desde hacía ochenta años —es decir, desde la abdicación del mandato británico— el islam ha venido «saboreando... la humillación y la ignominia, sus hijos han sido asesinados, su sangre derramada, y sus santos lugares sufrido sacrilegio». A pesar de lo cual, la memoria musulmana continúa preservando una fuerza histórica, una capacidad de resistencia y una independencia aún mayores. En segundo lugar, el islam ha alimentado de forma especial a las «sectas guerreras», que han conquistado las ciudades musulmanas y los Estados definidos como corruptos y autoritarios con el fin de reestablecer las enseñanzas «fundamentales» de Mahoma. El ciclo que arranca desde las tribus guerreras hasta llegar a los Estados-ciudad consolidados, conquistados uno tras otro por éstas, fue primeramente caracterizado por el sociólogo musulmán, Ibn Khaldun, en el siglo xv. Muchos señalan a los *wahhabis* como una versión reciente de dichas sectas guerreras, cuya mano ha sido detectada en los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Aún hoy, la mayoría de los *wahhabis*, tal y como hubiera predicho Ibn Khaldun, han asentado su poder y dominan cómodamente Arabia Saudí y otros Estados del Golfo.

Fundamentalismo de combate

Una vez más, no obstante, unos cuantos «fundamentalistas» están reavivando en estos momentos esta tradición. La abrumadora mayoría de ellos centran sus actividades en el ámbito local, tratando de imponer la *shari'a*, la ley islámica, en sus propias comunidades. Detestan las influencias extranjeras en su propia región, si bien siguen demostrando poco interés por el «imperialismo» considerado en un sentido amplio. A pesar de todo, algunos enfatizan además el *qital*, el «combate» en contra de los enemigos del islam, de acuerdo con los dictados más generales de la *yihad*, que significa «luchar/afanarse en nombre de Alá» (lo cual no implica necesariamente el uso de la violencia). Me referiré a estas personas como «fun-

damentalistas de combate»; aquellos que material e ideológicamente apoyan la lucha armada en nombre del islam. Existen, asimismo, pequeños movimientos comparables entre los nacionalistas hindúes en India –de hecho, algunos forman parte de la extensa familia dirigente de movimientos del BJP– y entre los budistas en Sri Lanka, a pesar de que los extremistas tamiles, por el momento, siguen siendo laicos. Todos ellos, tal y como sucede con los «fundamentalistas» cristianos, han conseguido hallar en sus textos sagrados algunas frases que parezcan respaldar dicho combate. Los movimientos islámicos se centran en los dictados reiterados del Corán como fuente de oposición frente la opresión –«porque es aún peor la opresión que matar» (2:191)– y «lucharán en su contra hasta acabar con la opresión y hasta que toda la veneración esté destinada únicamente a Alá» (2:193). Es su condición de opresores lo que permite a algunos tachar a ciertos dirigentes del mundo islámico como «ex musulmanes», dejando a un lado, por tanto, los dictados coránicos normales que impiden derrocar a un dirigente musulmán. Evidentemente, cuando los opresores, tanto musulmanes como infieles, aparecen entrelazados en un abrazo laico y materialista, la resonancia de la apelación a las armas resulta aún mayor.

Desde luego, el islam es tan diverso como el cristianismo. En el pasado, existieron largos períodos en los que la agresión cristiana excedía con mucho a la musulmana; sin embargo, la mayoría de los Estados cristianos se convirtieron más tarde en laicos; aún continúan luchando, pero no en nombre de Dios. Por el contrario, en gran parte (no en todas) del mundo islámico, la corriente dominante a lo largo de las últimas décadas ha sido la laica. El motivo principal de esta diferencia se debe a que, durante el período en el que los cristianos han dirigido el mundo, los musulmanes se han sentido oprimidos, y no les han faltado motivos. El fundamentalismo de combate proporciona una explicación acerca de las condiciones sociales reales y una estrategia plausible aunque de alto riesgo para remediarlas.

Sin embargo, esto significa también que el fundamentalismo de combate cuenta con dos elementos, ninguno de ellos considerado por Huntington. En primer lugar, éste se hace oír con mayor fuerza allí donde la pobreza del sur se encuentra con el imperialismo del norte. En el mundo islámico, esto es especialmente cierto en el caso de Palestina. Israel, respaldado por la superpotencia del norte, forma parte del mismo; mientras tanto, los palestinos son la población quintaesencialmente pobre y desposeída del sur. Otros países de Oriente Próximo están atrapados en un círculo vicioso económico de bajo crecimiento y explosión demográfica que atribuyen en parte al imperialismo. En estos casos, las solidaridades étnico-religiosas y los conflictos locales se ven reforzados, y adquieren, a través de la lucha de resistencia frente al imperialismo infiel del norte, una mayor resonancia a escala global. Los aspectos económicos de este conflicto se mantienen de algún modo ocultos: aparecen escasamente en el discurso fundamentalista, que de hecho denuncia toda forma de materia-

lismo como extranjera. No obstante, si los países fundamentalistas experimentaran el desarrollo económico y la redistribución, ¿quién pondría en duda que el fundamentalismo de combate perdería fuerza?

En segundo lugar, el conflicto también estalla *dentro* del islam, tal y como sucede entre hindúes, sijs, budistas y cristianos, situando a los fundamentalistas frente a los laicos y a los conservadores religiosos. Sin embargo, tanto los laicos como los conservadores musulmanes a menudo son respaldados por el norte, especialmente por Estados Unidos; de modo que cabe esperar que se conviertan en objeto de ataque tanto por su condición de opresores autoritarios, como por tratarse de lacayos imperialistas. En las breves declaraciones de Bin Laden recogidas en vídeo el pasado 7 de octubre, éste menciona en tres ocasiones a los palestinos oprimidos y sólo una la retirada de «la armada de infieles» de «la tierra de Mahoma»; es decir, de las fuerzas estadounidenses de Arabia Saudí, o quizá de las tierras árabes en general. Su retórica anterior se centraba mucho menos en los palestinos, y mucho más en Arabia Saudí. En parte, se trata de oportunismo, si bien hace apenas unos años que el fundamentalismo de combate de Hamas se ha convertido entre los palestinos en un rival para la formación laica de la OLP, proporcionándole aliados en su lucha.

La cosmología de los débiles

Una vez en el poder, los regímenes «fundamentalistas» tienden a establecer duras dictaduras religiosas, cuyo atractivo popular puede resultar difícil de comprender. Sin embargo, debemos tener en mente que mientras operan como movimientos en la oposición actúan como populistas lanzando proclamas al pueblo en tanto unidad para que se rebele, primero en contra de los dirigentes coloniales y después frente a los poscoloniales. Defienden lo que el pakistaní Maduodi, teórico dirigente fundamentalista suní, denominó «teodemocracia»: no se trata de un Estado teocrático, sino de un Estado autogobernado por la *umma*, el conjunto de la comunidad religiosa, de acuerdo con los dictados del Corán. Como populistas pueden movilizar la lucha de resistencia en contra de Estados musulmanes corruptos y autoritarios, ya sean laicos como Egipto, o religiosos conservadores como Arabia Saudí. Las presiones que ejercen, por lo tanto, fuerzan a los regímenes a actuar con un mayor autoritarismo (tal y como ha sucedido en el caso de Argelia o Turquía), lo cual ha persuadido a un número creciente de musulmanes para que definan a sus enemigos en términos religiosos (como ocurre en Israel, Cachemira o Chechenia), proporcionando una cosmología más global a una lucha local. De acuerdo con bin Laden, la lucha sitúa al musulmán frente al infiel. Extrapolando los símbolos judeocristianos sobre el heroísmo, nos hallamos ante el mismo modelo que enfrenta a David y a Goliat, y que empuja a Robin Hood a robar a los ricos para dar a los pobres; por no hablar de la oposición del Bien frente al Mal, o de Dios frente a Satán. Se trata de una apelación con cierto eco, especialmente adecuada para reclutar a disidentes

jóvenes y con estudios procedentes de Estados autoritarios, y a jóvenes refugiados, desplazados por los conflictos y esparcidos por todo el mundo musulmán, quienes, inmersos en economías estancadas, carecen de perspectivas de futuro. No se trata de dos grupos excesivamente grandes y raramente generan los recursos necesarios para hacerse con el poder. Sin embargo, su capacidad a la hora de sembrar el desorden y de aglutinar fuerzas es considerable, ya que disfrutaban de la simpatía de la mayoría de las personas pobres y de clase media del mundo musulmán.

Cabe predecir con seguridad que el poder militar por sí solo no eliminará la amenaza que representa el fundamentalismo de combate en ninguna de estas religiones. En realidad, es probable que lo único que consiga sea alimentar las llamas del mismo, ya que aparentemente confirma la cosmología ofrecida por los fundamentalistas de combate. Los dirigentes con estudios descontentos y los refugiados «soldados de a pie» son las piezas más importantes para proporcionar generaciones de hombres jóvenes, y quizá mujeres jóvenes, dispuestos a arriesgarse e incluso a sacrificar sus vidas a favor de este potente imaginario. Como hemos tenido ocasión de presenciar en repetidas ocasiones —en el caso de los coches bomba y de los atentados suicidas, en el asesinato de dirigentes laicos como los tres Gandhi o Sadat, y, más terrible aún, durante el 11 de septiembre—, entre ellos habrá muy pocos que opten deliberadamente por el suicidio de combate. Éste se ha convertido en el último recurso de los débiles en contra de los poderosos de la tierra. Que sean o no capaces de repetir un atentado tan terrible como el del 11 de septiembre dependerá de si logran encontrar medios técnicos igualmente inesperados. No obstante, a partir de ahora los habitantes del norte, en general, han de temer esta posibilidad.

Las fuentes de acritud

Esta terrible confrontación actual en modo alguno resulta inevitable. Que el enemigo del fundamentalismo de combate sea Estados Unidos constituye un elemento clave derivado de las consecuencias no intencionadas que han traído consigo las políticas estadounidenses seguidas con respecto al comunismo, a Israel y al petróleo. Durante la década de 1950, Estados Unidos fue, por encima de todo, una fuerza en favor de la descolonización y el desarrollo del mundo islámico, a pesar de que el golpe en contra de Mossadegh en Irán en 1953, financiado por la CIA, pusiera ya de relieve una tendencia a catalogar a los disidentes como comunistas, algo que contribuyó a alejar a muchos musulmanes. En aquel momento, Estados Unidos prestó respaldó al régimen laico cada vez más corrupto y autoritario del Sha de Persia. El enemigo se percibió en términos de comunismo, y no de fundamentalismo religioso, cuyo poder revolucionario se reveló como una auténtica sorpresa para Estados Unidos y para el resto del mundo. En segundo lugar, el legado del Holocausto, la influencia política de los judíos estadounidenses y los alineamientos de principios de la Guerra Fría constituyeron las principales causas de pre-

sión que conducirían a Estados Unidos a respaldar a Israel y su política de desposesión de los palestinos, todo ello a pesar de que el Estado de Israel estuviera dando pasos para convertirse más en víctima que en opresor. Estados Unidos hoy día continúa proporcionando ayuda militar y económica a Israel, aunque, en la actualidad, también rechace el aumento de los asentamientos israelíes en Palestina. En el debate televisado sobre política exterior protagonizado por los dos candidatos a la presidencia de Estados Unidos en 2000, tanto Gore como Bush sólo mencionaron por su nombre a un «aliado»: Israel. Con el fin de buscar una solución a esta disputa cancerosa, Estados Unidos también ha respaldado –fundamentalmente desde el punto de vista militar– a Estados como Egipto y Jordania que se han convertido en moderados frente a Israel. Dicha ayuda militar ayudó a estos regímenes a reprimir la disidencia interna, mientras que la limitada cantidad brindada en calidad de ayuda económica no logró contrarrestar los efectos del imperialismo ostracista y posibilitar el logro del desarrollo económico y de la legitimidad interior. En tercer lugar, los intereses petrolíferos han llevado a Estados Unidos a instalar un gran número de fuerzas armadas en Arabia Saudí y en los reinos del Golfo, y a atacar a Irak en calidad de Estado bandido; algo que no tuvimos ocasión de ver cuando Indonesia se anexionó Timor Oriental. Similares contingencias geopolíticas han afectado también a los fundamentalistas de combate, que ahora explotan la cuestión palestina, a pesar de la profunda antipatía que sienten hacia la laica OLP, pero que se contienen a la hora de atacar a regímenes como Irak o Libia, a quienes detestan, lo cuales a su vez se oponen a Estados Unidos.

Estas geopolíticas llenas de recovecos no hacen sino reforzar la conclusión de que la guerra entre el «fundamentalismo» islámico y el imperialismo del norte no es necesaria. Podría socavarse por medio de tres medidas: una aproximación más equitativa hacia el conflicto Israel/Palestina; menos ayuda militar y más ayuda económica a los regímenes árabes; y una estrategia de desarrollo internacional más progresista, siendo la redistribución y el crecimiento dos de sus objetivos. Esto reduciría tanto los conflictos más importantes, los que se dan entre el mundo musulmán y el cristiano, como los que existen entre los fundamentalistas y otros sectores dentro del mundo musulmán. Dicha reorientación geopolítica es pedir demasiado; sin embargo, incluso un éxito parcial podría resultar suficiente. Seguirían existiendo fundamentalistas islámicos, sin embargo, éstos no lograrían reclutar fuerzas en la misma medida, y su concepción de la *yibad* sería menos combativa y se dirigiría en menor medida hacia Estados Unidos.

La globalización ideológica es desigual e impredecible. Incluye finas capas de una cultura transnacional común en potencia; fragmentación ideológica en las distintas zonas del sur; y confrontaciones más generales entre fallas religiosas esenciales, donde unos cuantos fundamentalistas de combate están explotando las nuevas armas de los débiles. Tamiles, budistas, hinduistas y cristianos, más algunos campesinos revolucionarios, pueden, todos ellos, proporcionar unos cuantos candidatos para realizar atentados

suicidas –la última expresión de la moral militar ideológica–, capaces de contrarrestar las enormes disparidades que existen con respecto a las armas convencionales. No obstante, únicamente los fundamentalistas de combate islámicos se abalanzan con tanta virulencia, no sólo contra sus enemigos laicos locales, sino también contra el norte y su «Gran Satán», Estados Unidos. Su lucha particular está generando en estos momentos un peligro de maremoto y de enfrentamiento armado en grandes regiones del mundo que podría frenarse mediante un cambio en las políticas provenientes del norte. No obstante, en medio de dicha complejidad, ¿quién sabe de dónde provendrá el próximo maremoto?

La globalización es un proceso real; sin embargo, es múltiple y contradictorio. El planeta está dividido en más y más Estados-nación; está escindido por una paradójica divisoria «imperialista ostracista» entre norte y sur; y existen también rivalidades potencialmente peligrosas cuyas partes cuentan con un amplio poder. La mayoría de estas divisiones no generan un enfrentamiento armado, sino tensiones que pueden normalmente resolverse mediante negociaciones pacíficas entre Estados-nación convergentes. A pesar de todo, allí donde el poder ideológico se entumece y la lucha de resistencia y las «armas de los débiles» nivelan el campo de batalla, algunas divisiones contribuyen a desencadenar intensos conflictos. Estas nuevas ideologías y armas son tan parte de la globalización como el dólar, Internet o la Coca-Cola. Algunas de estas tendencias producen inestabilidad únicamente a escala local o regional, generando «zonas de turbulencia» en el mundo; entre ellas, algunas degeneran en «agujeros negros» de violencia e inestabilidad desesperadas en las que se sufre el ostracismo del resto del mundo. Sin embargo, existe una falla que atraviesa los continentes en un proceso de desintegración aún más sistemática; la resistencia contra el imperialismo laico lanzada por el «fundamentalismo de combate» continuará hasta que su atractivo disminuya al interrumpir el sentimiento de explotación del que se alimenta.

Estas pautas mixtas de comportamiento ponen de manifiesto que en la actualidad nos estamos encaminando hacia una sociedad global singular. El capitalismo del norte simultánea y desigualmente integra, domina y condena al ostracismo a distintas zonas en todo el mundo. El poder de la potencia hegemónica militar, Estados Unidos, está siendo limitado por su propia y creciente pacificación; por su confianza en el armamento de gran alcance supuestamente seguro, pero a la postre limitado; y por las nuevas armas de los débiles. El poder político continúa estando en manos fundamentalmente de los Estados-nación, aunque algunos sean más estables que otros. El poder ideológico expresa todas estas relaciones diferentes. Esta complejidad no es nueva en las sociedades humanas. La globalización simplemente cambia su escala. Tal como ocurrió con sus predecesoras, la globalización combina diferentes fuentes de poder social, paz y guerra, orden y caos; y continuará haciéndolo todavía durante bastante tiempo.